



SESIÓN INAUGURAL







CONSTRUIR PAZ EN LO COTIDIANO

Natividad Pinto Afanador

Con el tema de la paz como eje central, hoy la Universidad Nacional de Colombia inaugura la Cátedra Manuel Ancízar, correspondiente al segundo semestre de 2009. Bajo la denominación *Construir paz: aportes desde la Universidad Nacional de Colombia*, esta cátedra pretende contribuir a que todos los integrantes de la comunidad de la Universidad Nacional de Colombia, o miembros de la sociedad en general que asistan, adquieran los elementos de juicio necesarios para tomar una posición activa en favor de la paz.

En ese sentido, creemos que para construir paz hay que conocer las circunstancias que generan los fenómenos de violencia, comprender las dinámicas de los seres humanos frente a ellas y hacer énfasis en aquellas que puedan potenciar hechos de reconciliación. Guiados por este interés, creemos que para acercarnos al conocimiento de la paz es obligatorio saber de conflictos, que son las circunstancias que en el fondo hacen que pueda optarse por la paz.

Nos une el deseo de comprender más los fenómenos sociales, redefinir, reactualizar y ampliar los conceptos de violencia, paz, no violencia y, por supuesto, que en conjunto investiguemos para la paz. En general, hemos identificado el valor del carácter interdisciplinario de las investigaciones, que permite abordar un mismo objeto de estudio, en este caso la paz, desde diversos enfoques, perspectivas y metodologías que convergen para mostrar que la diversidad de puntos de vista





amplía la posibilidad de aceptar más la pluralidad, la diferencia del otro, la tolerancia por las distintas ideologías y, lo más importante, el respeto por el otro y por el disenso, elementos indispensables en esta construcción.

Entendemos también que esta cátedra no puede abarcar todos los elementos para ayudar a formar mujeres y hombres de paz, en una universidad que debe ser una Universidad de Paz; por esta razón, consideramos que es un paso más que se da para reflexionar, proponer, construir, retener y alcanzar de manera colectiva el bien más preciado que los seres humanos buscamos: la paz.

La paz, como afirman Beatriz Molina Rueda y Francisco Muñoz, en su *Manual de paz y conflictos*, editado por la Universidad de Granada, “debe ser el horizonte de bienestar normativo que nos guíe, la paz debe prevalecer, ser preeminente en nuestras vidas y en nuestras maneras de pensar”¹. Muchos autores han tratado de definir la paz como una muestra de bienestar, felicidad y armonía que nos une a los demás, también a la naturaleza y al Universo en su conjunto. La paz nos permite sentirnos más humanos y le da más sentido a nuestras vidas². La paz nos permite interrelacionarnos mejor como seres humanos de una misma especie, independientemente de las diferencias ideológicas, políticas, sociales, raciales, religiosas, económicas, sexuales y otras más que puedan existir entre cada uno de los seres humanos.

Podemos sostener que la paz es una práctica universal, como lo afirma un gran número de autores, que hace parte de nuestra razón como seres humanos, a su vez como sentimiento, idea y práctica que nos ha acompañado durante toda nuestra existencia a lo largo de la historia del mundo.

En este sentido, la paz, en su misión de establecer buenas relaciones entre los seres humanos, ha contribuido a satisfacer de la mejor forma posible las necesidades de todas las personas para lograr la felicidad. De ahí que Erasmo de Rotterdam en *Querella de la paz* afirme que “la paz es la fuente de toda felicidad”.

El autor Francisco Muñoz sostiene que la paz no se limita únicamente a cumplir una función a pequeña escala de manera individual, familiar o grupal, sino que a

1 B. Molina y F. Muñoz, *Manual de paz y conflictos*. Instituto de la paz y los conflictos. Universidad de Granada. Granada, 2004.

2 *Ibíd.*, p. 23.





su vez organiza las relaciones en comunidades mayores, como ciudades, regiones, países, donde las diversas formas de proceder favorecen la convivencia, ya que se cuenta con normas o pautas que les permiten coexistir de un modo mejor.

Sin embargo, estamos pasando por un siglo que nos lleva a vivir con preocupación por sus violencias generalizadas y destructivas, integradas y escondidas en las estructuras económicas, políticas y culturales, pero también hay una luz de esperanza que se vislumbra a través de unas nuevas luchas sociales, no solo por los logros alcanzados, sino por los cambios en los métodos utilizados; este modo de actuación nos permite apreciar una mayor concordancia entre métodos y fines, que tiene como principio la teoría de Gandhi de cuidar los medios, ya que los fines se cuidan solos³.

Hoy nos vemos enfrentados a la necesidad de tener una mayor prevención para conservar y mantener la paz; pero tener prevención no es lo único –afirma Mario López–, sino que se necesitan nuevos actores y nuevas concepciones, sensibilidades, protagonismos y herramientas en este mundo globalizado, cuyo resultado más evidente y manifiesto es el “creciente protagonismo de las organizaciones de la sociedad civil en las agendas mundiales, quizá no tanto en la toma de decisiones que afecta todo el planeta como en hacerse cada vez más visibles como actores importantes en las agendas mundiales de la paz”⁴.

El poder social –afirma Freddy Cante– puede generar asombrosas acciones colectivas, que parecen milagros, pero que obedecen al amor, a la fraternidad, a la compasión, a la solidaridad y a diversas formas de compromiso.

Vemos cómo increíbles acciones colectivas han marcado la historia del planeta, multitudes de personas sin armas y sin grandes recursos económicos, solo con su unión y compromiso, han logrado derrotar a poderosas minorías armadas de instrumentos letales o de grandes recursos financieros y aun mediáticos. Para ilustrar hechos concretos en este sentido, la historia nos muestra la lucha independentista de India, liderada por Gandhi, y los movimientos en Estados Unidos

3 C. E. Martínez, *Acordes para el son: análisis y reflexiones teóricas. Ciudadanos en son de la paz. Propuestas de acción no violenta para Colombia*. Uniminuto. Bogotá, 2008. p. 23.

4 M. López, *Peacebuilding en zonas de conflicto, intervenciones pacíficas y no violentas de la sociedad civil. Ciudadanos en son de la paz. Propuestas de acción no violenta para Colombia*. Uniminuto. Bogotá, 2008, p. 67.





y Sudáfrica en pro de los derechos de la gente negra, liderados respectivamente por Martin Luther King y Nelson Mandela.

Al respecto afirma Cante que muchas de las acciones colectivas son tan escasas y efímeras como la presencia fugaz, aunque impactante, de algún eclipse o de algún cometa⁵. Sin embargo, no podemos continuar hablando solo de las acciones que unos ilustres hicieron y marcaron la historia; es necesario que comencemos a pensar en un futuro pacífico que nos brinde más confianza y nos permita aproximarnos más a la paz. Un futuro que en definitiva será el único espacio en el que podremos solucionar los problemas de la paz; por tal razón, debemos emprender acciones como formarnos en la paz, para contar con herramientas para promover la concordia en nuestro pensamiento y en nuestras maneras de hablar, pensar, sentir y actuar.

Tenemos que buscar formas de aportar para que la paz se extienda, crear espacios para que se produzca la convergencia de las circunstancias y hacer posible entre todos que los conflictos se regulen de la forma más pacífica posible⁶.

El mundo actual nos plantea a todos los seres humanos nuevos retos, que requieren un cambio en las mentalidades y en las estrategias de pensamiento. La inquietud es saber si están produciéndose esas transformaciones que permitan comprender y ser dueños de una realidad que ahora cambia de una manera vertiginosa y que exige una mirada más rica y compleja que la proporcionada por cada una de las culturas y disciplinas tradicionales a las que pertenecemos.

Ahora bien, cuando hablamos de conflictos tenemos que pensar rápidamente en la prevención de ellos, con esto nos referimos a adelantarnos a sus consecuencias negativas; es decir, predecir qué conflictos pueden degenerar en violencia e interponer los mecanismos para que esto no ocurra. Sin embargo, en algunas situaciones este aspecto no está muy claro, porque la violencia estructural genera nuevas formas de violencia. En efecto, el hambre, la pobreza y la marginación son espacios en los que cabe prever otras formas de violencia, como pudiera ser la violencia política⁷.

5 F. Cante, Hacia un poder social más intenso. *Ciudadanos en son de la paz. Propuestas de acción no violenta para Colombia*. Uniminuto. Bogotá, 2008, p. 111.

6 Agendas de la paz, XVII. Futuro, seguridad y paz. *Manual de paz y conflictos*. Óp. cit., p. 38.

7 B. Molina y F. Muñoz, óp. cit., p. 195.





Con base en lo anterior, debemos comprender y aceptar por convicción que solo las visiones abiertas de los conflictos nos permiten aproximarnos a su complejidad. Y esto es válido en todas las escalas y ámbitos de acción humana, porque nos permite prever las dinámicas de los conflictos: los negativos, para frenarlos y los positivos, para potencializarlos.

La prevención de los conflictos debe ser una preocupación fundamental en cada acción que emprendamos, puesto que su escenario de actuación es el futuro. Para lograr este objetivo puede trabajarse con propuestas de corto y largo alcances, tácticas y estratégicas y, por tanto, considerar las causas inmediatas y mediatas, que deben ser trabajadas a la par. La prevención de conflictos debe tener en cuenta todas sus circunstancias y tendencias, y realizar propuestas acordes con las posibilidades de transformación de los actores y del tiempo.

Para lograr la paz debemos potenciar la paz, con el convencimiento y el privilegio de pertenecer a una especie muy viva y capaz, que siempre va a disponer de muchos recursos como capacidad creativa e innovadora y grandes deseos de alcanzar la felicidad, pero que a su vez es muy conflictiva. Siempre tendremos la opción de, o el peligro de, que esa creatividad y esos deseos sean en algunos casos tan desmedidos que nos aumenten el egoísmo y por esa vía siga creciendo la violencia. Sabemos que toda nuestra existencia como seres humanos va a estar marcada por una paz imperfecta, porque a su vez coexiste con los conflictos; sin embargo, estamos capacitados para ingeniar y para conseguir que la paz crezca y sea un garante de nuestras vidas y de las de nuestros hijos y nietos.

No hay duda, la mejor prevención de los conflictos será aquella situación en la que todos y todas vivamos nuestros conflictos con normalidad y que seamos conscientes de que aunque nos acompañarán toda nuestra vida, tenemos que sacar el mejor partido de ellos y transformarlos en potenciadores de paz. Es necesario que en nuestras actuaciones como personas, grupos o especie impulsemos aquellos caminos que favorezcan el bien común, la máxima satisfacción posible de las necesidades, la máxima potenciación de los intereses y el logro de los objetivos propuestos.

Saber interpretar, vivir con los conflictos y potenciar sus regulaciones pacíficas es un signo de calidad de vida de toda la especie humana, afirma Francisco Muñoz. Potenciar la paz y todas sus buenas compañías, como la justicia, la equidad, la





noviolencia, el desarrollo sostenible, la seguridad humana, es una vía de promoción de la regulación pacífica de conflictos y del bienestar de los seres humanos.

Pero no olvidemos que para intervenir los conflictos, también los grandes pacifistas han creado el concepto de la no violencia, que es un conjunto de procedimientos y técnicas que permiten gestionar, transformar o, incluso, resolver y trascender ciertos conflictos. La no violencia nos recuerda que la acción más clara hacia la paz es reducir hasta los niveles máximos la presencia y/o el uso de la violencia en cualquier conflicto (familiar, intergrupacional, intergeneracional, internacional) y tratar de establecer puentes de diálogo y entendimiento entre todas las partes⁸.

Un elemento esencial para potenciar la paz es la convivencia. Los seres humanos vivimos en sociedad, pero para hacerlo todos los grupos sociales han desarrollado de manera explícita o implícita, a modo de ritual, código o precepto, unas normas de actuación, unas reglas de comportamiento, unas actitudes, unos valores, unos compromisos, unas metas, unos objetivos y otros elementos que estipulan entre sus miembros las maneras apropiadas y las inapropiadas de relacionarse o de participar en las actividades sociales. Todas estas normas, valores y metas configuran a cada grupo de un modo distinto. Luego, cuando se respetan, la consistencia del grupo o de la comunidad se ve favorecida y su cohesión se fortalece.

La convivencia de un grupo social nunca es absoluta, de manera recurrente surgen discrepancias entre los individuos respecto a las normas o valores que deben preservarse o en cuanto a los objetivos que deben perseguirse. Con frecuencia surgen conflictos entre los individuos de un grupo o van configurándose algunos subgrupos que comparten, a su vez, ideales y compromisos distintos de los de otros colectivos. En ese momento, la relación social se dificulta, los objetivos de esos individuos o de las distintas agrupaciones se vuelven incompatibles. En las distintas situaciones de desencuentro, en unos casos, de modo espontáneo, ajustamos nuestras acciones a las normas y metas del grupo, y, en otros, cuestionamos y alteramos las propias reglas.

Quiero que recordemos constantemente que nuestras agendas, sin importar que seamos un estudiante, un docente, un padre de familia, un directivo o una

⁸ Mario López, *Política sin violencia. La no-violencia como humanización de la política*. Uniminuto. Bogotá, 2006, p 29.





persona común, deben incluir acciones de paz. Para realizar una agenda hay que reconocer todos los aspectos que potencien la paz y frenar los que favorecen la violencia. Las acciones en favor de la paz han estado en muchas ocasiones ligadas al temor a la guerra. Cada vez que la violencia se manifiesta fuertemente, la sociedad reacciona en busca de opciones para restaurar sus condiciones de vida. La proliferación de las guerras fomenta el anhelo de paz a lo largo de la historia, por eso los que estamos comprometidos en esta cátedra ya emprendimos una agenda de paz, cuyo único objetivo final es potenciar acciones de esta índole.

Finalmente, quiero agradecer a cada uno de los invitados nacionales e internacionales, quienes con sus experiencias, conocimientos y deseos de construir paz han aceptado ser conferencistas en esta cátedra, y en nombre de las facultades de Ciencias Humanas, Derecho y Ciencias Políticas, Enfermería, el Doctorado en Salud Pública y la Dirección Académica, exaltamos la colaboración y el apoyo desinteresado de todos en el desarrollo de la misma. A cada uno de los docentes de la universidad que apoyarán con sus conocimientos el desarrollo de acciones pedagógicas en la cátedra y que aportarán a la construcción de la paz, un agradecimiento infinito, y a quienes están formándose en ella, les deseamos que la disfruten y aprovechen al máximo las experiencias y conocimientos que vamos a compartir.







EL SUEÑO DE LA RECONCILIACIÓN

William Ospina

Tenía yo seis años, y vivía en un pequeño pueblo del norte del Tolima, cuando llegaron un día los helicópteros cargados de soldados a pacificar la región. Eran las tropas del general José Joaquín Matallana, y venían a combatir las cuadrillas de dos célebres bandoleros liberales, José William Ángel Aranguen, “Desquite”, y Jacinto Cruz Usma, “Sangrenegra”, quienes se habían aliado y mantenían un régimen del terror en aquellas comarcas.

Oíamos noche y día historias terribles de asaltos y de mutilaciones; las palabras “corte de franela” y “corte de corbata” daban horror a nuestras noches; un amigo de mi familia, a quien yo conocía, y que a pesar de ser del partido político contrario alguna vez había amparado en su casa a mi padre para protegerlo de los bandidos que venían a matarlo, cayó en un retén en alguna región del Tolima.

Aquella violencia llenaba de pesadillas mi infancia, y sé que fue la causa de que millones de campesinos, entre ellos mis abuelos y mis tíos, salieran de sus tierras buscando en los pueblos y en las ciudades al menos salvar la vida, aunque todo lo demás se perdiera. Yo no podía entender las causas de aquella conflagración atroz que volvió enemigas, por pertenecer a partidos distintos, a muchas gentes que se habían conocido toda la vida, y que desató las más oscuras pasiones y provocó los crímenes más escalofriantes.





Tenía yo diez años y leía con azorado temor, que me causaba después pesadillas, aquel libro tremendo, *La violencia en Colombia*, que publicaron Eduardo Umaña Luna, Orlando Fals Borda y monseñor Germán Guzmán, quien había sido párroco del Fresno, el pueblo adonde llegué a estudiar mi bachillerato. Pero más perturbadora aún que las historias atroces de aquella época fue la revelación de que esa violencia salvaje, que hizo retroceder a nuestra sociedad a zonas de barbarie y de salvajismo que parecían de otro tiempo, había sido estimulada por la Iglesia y patrocinada por los mismos partidos políticos que, después, con el argumento de que estaban pacificando el país, se repartieron el poder en Colombia durante veinte años, mediante el pacto del Frente Nacional, dejando de lado toda opción distinta, toda propuesta diferente para el manejo de nuestro orden social. Bueno, nos decíamos, al menos habían hecho la paz, y eso era ya un consuelo, aunque fueran esos mismos jefes políticos los que una década atrás predicaban con elocuencia el degüello.

Todos aquellos crímenes, aquellos saqueos, asesinatos, intimidaciones, robos de tierras, sermones infames, patrocinios de bandidos, expulsiones y destierros terminaron sin que nadie desde el poder ni desde la academia propusiera un esfuerzo serio por reparar las ofensas ni por curar los dolores. Ni siquiera el bálsamo de un relato colectivo que convirtiera aquellos hechos en enseñanza y en ejemplo permitió que la sociedad hiciera su duelo, y, por supuesto, lo que menos se hizo fue tratar de corregir las tremendas injusticias que se habían vivido, el desamparo en que quedaban millones de seres. El esfuerzo principal del Estado fue favorecer la estabilidad de los empresarios, la impunidad de los políticos y la continuidad inalterada del modelo histórico de los dos partidos que habían gobernado a Colombia a todo lo largo del siglo.

No es de extrañar que la década de los sesenta viera la gradual irrupción y el crecimiento de nuevas guerrillas campesinas, que desencadenaron la siguiente oleada de violencia en nuestra sociedad. La breve tregua del Frente Nacional no había hecho nada por impedir el paulatino crecer de la delincuencia urbana, y sobre todo de la insurgencia rural en forma de guerrillas, en cuya sola existencia se revelaba que muchos males del campo no se asumían con la responsabilidad y la sensatez que esos problemas exigen.

Ya desde comienzos de los sesenta de nada se hablaba tanto como de la Reforma Agraria, pero bien sabemos que todos los sucesivos proyectos de reforma se hundieron en un Congreso de terratenientes, y que el llamado Pacto de Chicoral





acabó finalmente con las expectativas de una reforma por la que habían luchado los líderes agrarios, los usuarios campesinos, e incluso algunos de los más perspicaces y clarividentes líderes del liberalismo.

Al masivo robo de tierras que produjo la violencia lo sucedió la llegada a las ciudades de los expulsados del campo en condiciones de marginalidad, y ese proceso, que no se ha detenido desde entonces, no volvió exactamente seres urbanos a los campesinos, sino que produjo una suerte de ruralización de las ciudades. Valiente fue la lucha de líderes como Alfonso Barberena, del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que en Cali logró encabezar un movimiento por la dignidad y por la tierra de las muchedumbres que afluían sin tregua a las urbes; pero la formulación de un proyecto urbano moderno e incluyente, de un orden cultural que rindiera homenaje a esos hijos de la tierra que venían trayendo a las ciudades su tragedia y una memoria ya sin futuro, fue la gran carencia de aquella época. Un vasto drama social que requería, sobre todo, soluciones culturales y altos proyectos de civilización pareció diluirse en las urgencias del día a día, y nadie advirtió que en ese légame de destinos sin proyecto histórico se incubaba la gran tragedia de los tiempos siguientes.

La larga galería de monstruos de los años cincuenta, “Desquite” y “Sangrenegra”, “Chispas” y el “Capitán Veneno”, “Tarzán” y otra serie de nombres no por pintorescos menos temibles, fue cercada y exterminada por los ejércitos pacificadores en los primeros años de la década de los sesenta, pero diez años después ya se hablaba de los nuevos enemigos de la sociedad, que eran los reductos del bandolerismo de la década anterior y las nuevas guerrillas prosoviéticas, procubanas y prochinas que habían desatado su guerra contra el Estado y que se proponían construir el socialismo a imitación de esas tres revoluciones. En buena parte del continente hubo guerrillas; en algunos países estas fueron exterminadas y en otros se dieron procesos de desmovilización y reincorporación a la sociedad, pero en ningún país como en Colombia persistieron los movimientos armados.

Las FARC, el ELN, el EPL, el M-19 y otros grupos guerrilleros llenaron con sus acciones armadas los años setenta, cuando debía terminar el Frente Nacional, y los años ochenta, cuando ya la democracia debía haber sido restablecida. Y digo esto porque el Frente Nacional, que repartió el poder entre liberales y conservadores, no solo suspendió en su pacto los derechos de libre organización y criminalizó las disidencias, sino que persistió en la extraña costumbre de cancelar las garantías





constitucionales cada vez que se declaraba turbado el orden público y en Estado de Sitio todo el territorio de la República, cosa que ocurría continuamente.

A comienzos de los años ochenta, un proceso de paz liderado por el presidente Belisario Betancur avanzó como nunca en el esfuerzo por alcanzar una solución política al conflicto con los principales grupos guerrilleros, principalmente con las FARC y con el M-19. En la búsqueda de un camino para reincorporar a la legalidad a los guerrilleros se fundó la Unión Patriótica, el partido político que se proponía ser el instrumento de esa transición. Se había logrado un alto al fuego, pero no se había dado una desmovilización ni el desarme de las guerrillas. Estas recelaban de las entregas de armas por una tradición colombiana: el frecuente exterminio de los insurgentes después de que se han reincorporado a la vida civil. No se borraba el recuerdo del jefe de una de las guerras civiles, Rafael Uribe Uribe, asesinado en las escalinatas del Capitolio Nacional después de haber firmado un armisticio, ni el recuerdo de uno de los grandes jefes de las guerrillas liberales, Guadalupe Salcedo, muerto por la fuerza pública en Bogotá después de haber entregado las armas, ni el recuerdo del gran rebelde Jorge Eliécer Gaitán, quien a pesar de haber respetado en todo la legalidad y de haber actuado como un líder pacífico que se perfilaba como seguro ganador de la presidencia de la república en las elecciones de 1950, fue asesinado dos años antes en Bogotá, y aquel crimen atribuido oficialmente a todas las causas posibles, menos a la intolerancia de los poderosos. Tampoco se olvidaba que el M-19 nació como protesta por el modo en que le fue arrebatado a Gustavo Rojas Pinilla el triunfo en las elecciones de 1970. Esa tradición de violencia y de incumplimiento de los pactos de paz explicaba en parte por qué los movimientos guerrilleros sintieron tanta desconfianza ante la posibilidad de desmovilizarse y aceptar las promesas del poder.

No se hizo esperar la guerra sin cuartel contra los miembros de la Unión Patriótica, que hizo que Colombia viera impotente cómo todo un partido político caía en las calles sacrificado por la causa de la paz. Para mí es suficiente prueba de su admirable voluntad de paz el que casi cuatro mil militantes se hubieran dejado matar en la inermidad sin haber empuñado las armas, decepcionados del proceso. Nunca compartí la ideología de ese partido, pero estoy seguro de que si se hubieran respetado los acuerdos habría sido más fácil llegar a una negociación con las guerrillas, y tal vez estas no habrían radicalizado de tal manera su discurso ni extremado de tal manera su desconfianza y su odio por las instituciones. Si el Estado no patrocinó ese genocidio, al menos no hizo nada por impedirlo, y a partir del exterminio de la Unión Patriótica, amparada en el argumento de





que sus miembros simpatizaban con los guerrilleros, se hizo prácticamente imposible la negociación política del conflicto, porque las mínimas condiciones de confianza y de respeto por el adversario se perdieron definitivamente desde todos los bandos.

Otra vieja costumbre colombiana entró en juego en aquel momento: la tendencia de miembros del Estado a patrocinar actos criminales. Ya la había vivido nuestro país en los años cuarenta y cincuenta, cuando hubo gobiernos que armaron a la policía contra sectores de la población, cuando la siniestra chulavita emprendió su guerra contra los liberales, y cuando los directorios políticos liberales y conservadores patrocinaron a los bandoleros.

A partir de los años ochenta, surgieron y se fortalecieron los movimientos paramilitares, que organizados primero en grupos de autodefensa para proteger a propietarios rurales y empresarios de los crímenes, secuestros y extorsiones de las guerrillas, pronto se acostumbraron, como siempre ocurre en estos casos, a aplicar la justicia por mano propia, y se convirtieron en un flagelo tan grave para el orden social como las guerrillas que se habían propuesto exterminar.

A lo largo de la década de los noventa se incrementaron por parte de la guerrilla los asaltos a los pueblos, los secuestros y las extorsiones, y al mismo tiempo las extorsiones y las masacres de los paramilitares, empeñados en destruir todo el supuesto entorno social de las guerrillas en zonas campesinas mediante una serie atroz de asesinatos llenos de sevicia, que se proponían ejemplarizar y amedrentar a las poblaciones, para que nadie prestara el menor apoyo a los grupos insurgentes. Todavía no acabamos de abrir y contar las fosas comunes que llenaron el territorio nacional en aquellos años, en masacres que muchas veces contaron con la complicidad de la fuerza pública.

En 1998 el presidente Andrés Pastrana Arango se propuso una nueva negociación política con las FARC, pactando la desmilitarización de una vasta zona de distensión en el sur del país, y el hecho, que no redujo los ataques de la guerrilla contra poblaciones y puestos policiales, ni los asesinatos de campesinos acusados de ser colaboradores de las fuerzas armadas, ni los retenes en las carreteras, ni los secuestros, ya que se aceptó que las negociaciones se adelantarían sin un previo alto al fuego, incrementó al mismo tiempo una de las mayores oleadas de crímenes contra civiles en la historia del país. No sabemos aún a qué cifra ascendieron los muertos, pero los desplazados que engrosaron las filas del destierro en





nuestras ciudades fueron millones, y millones también las hectáreas de tierra cultivable arrebatadas a los campesinos por los nuevos pacificadores de la sociedad.

Pero no es mi interés contar de nuevo lo que tantas veces se ha contado, sino reflexionar sobre el hecho de que en cinco décadas de vida, he sido testigo de vastas y cíclicas campañas de pacificación, grandes movilizaciones de armas y de tropas para exterminar a los monstruos que nunca nos dejaron vivir en paz. Y no estaría completo el planteamiento de ese problema si no mencionara también los graves problemas de violencia intrafamiliar y social, los crímenes de la delincuencia común y las recientes guerras del narcotráfico como parte de ese cuadro de violencia colombiana que excede sin duda alguna los cuadros de violencia que presentan las otras sociedades de nuestro continente.

Colombia no es solo un país donde periódicamente surgen nuevas oleadas de enemigos públicos que atentan contra la sociedad entera y la someten a cíclicos desangres: es, sobre todo, una sociedad que no está reconciliada consigo misma. Ello se advierte fácilmente en la insolidaridad, en la tensión excesiva entre las distintas capas sociales, en la odiosa estratificación que nos caracteriza y en la incapacidad de muchos colombianos de reconocerse en sus compatriotas. Ello podría atribuirse a muchas causas. Ya a comienzos del siglo XIX, en su viaje por estas tierras, el barón Alejandro de Humboldt advirtió que la Colonia dejaba a estas naciones tan estratificadas por la raza, la cultura, las costumbres, la propiedad y las diferencias sociales, que sería muy difícil que sus gentes aprendieran a verse como conciudadanos. La Independencia no modificó sustancialmente esas estratificaciones, y todavía a finales del siglo XIX el principal proyecto de los gobiernos era sujetar a las comunidades indígenas al abrazo disolvente de las misiones religiosas. La liberación de los esclavos, a mediados del siglo XIX, fue un gesto valioso y valeroso de los radicales liberales, pero nunca supuso un esfuerzo por lograr que accedieran a la igualdad efectiva ante la ley, y, como decía Estanislao Zuleta, sin un esfuerzo por ofrecerles un lugar en la sociedad, en la economía y en el orden simbólico, sin un esfuerzo por reconocer y valorar sus aportes culturales, el acto de dejar libres a los esclavos consistía básicamente en dejarlos libres de comida y de techo.

Alguien nos explicará alguna vez cómo fue dándose el lento y gradual repliegue de los esclavos liberados hacia los litorales olvidados por el Estado centralista; alguien nos explicará cómo la pérdida del Canal de Panamá hizo que Colombia perdiera mucho de su influencia en el Caribe; alguien nos recordará cómo,





a pesar de los esfuerzos y las advertencias de Jorge Isaacs, quien estudiaba con pasión las costumbres y las lenguas indígenas del bajo Magdalena, y a pesar de los esfuerzos y las advertencias de José Eustasio Rivera, quien pensaba que el país debía tomar en cuenta los vastos territorios de la Amazonia y de la Orinoquia, el país fue víctima durante un siglo de una persistente ceguera ante su propia complejidad, y de una terca inconciencia con respecto a su composición y a su lugar en el mapa de Latinoamérica y del mundo.

El encierro en las fronteras, bajo la densa niebla del latifundio y del clericalismo, hizo al país negado para los cambios, atrasado e intolerante. Nadie ignora que hasta hace relativamente poco tiempo si alguien quería casarse por lo civil solo tenía que cruzar la frontera en cualquier dirección, hacia Panamá, Ecuador o Venezuela, para encontrar países con una legislación más avanzada. Pero además aquel clericalismo que ya denunciaba y combatía Vargas Vila a comienzos de siglo, produjo una curiosa enfermedad: en el país más mezclado, más mestizo del continente, la Iglesia nunca vio con buenos ojos el matrimonio entre razas distintas y ni siquiera entre clases sociales distintas, obligó a muchas personas a vivir en unión libre, y satanizó de tal manera a los hijos de esas uniones libres, que la condición de hijo natural fue durante muchísimo tiempo uno de los peores estigmas de la sociedad. ¿Cómo puede no volverse violenta una sociedad donde el amor es pecado, donde la unión entre los que se aman es vista como un crimen, y donde el ser hijo del amor es considerado un escarnio y un serio obstáculo para la promoción social?

Los males culturales que arrastra nuestra nación son aún más graves y perniciosos que los males económicos y políticos: agravaron por siglos con resentimiento las desigualdades económicas y las intolerancias políticas. Todos sabemos que en Colombia hay muchos niveles sociales y que una élite orgullosa, insensible y mezquina no solo miró siempre por encima del hombro al resto de la sociedad, sino que procuró educar a las otras clases sociales en una idéntica discriminación hacia todos los que no consideran sus iguales. Alguien dijo que eso nos ha llevado al extremo demencial de que todo el mundo quiere ser de mejor familia que el papá y la mamá.

También ese poder excesivo de la Iglesia, y su alianza indebida con el poder político, fue responsable de uno de los males más graves en una sociedad supuestamente democrática: la prohibición de la lectura libre que imperó aquí durante muchísimo tiempo. Yo suelo pensar que las nuestras son las primeras generaciones





de colombianos que pueden leer libremente: nuestros padres todavía tenían que leer a Vargas Vila escondidos bajo las sábanas; Voltaire, el padre de la prosa moderna, era considerado un masón peligroso por los curas de hace medio siglo, y la costumbre de leer era asociada a la inutilidad cuando no a la locura por una sociedad que prefería mil veces tener tontos a tener quijotes.

Esa misma Iglesia que de tantas maneras entorpeció nuestro ingreso en la modernidad, y que puso su celo en apartarnos de los libros y prohibirnos el pensamiento, no hizo, en cambio, esfuerzos profundos por sembrar en la sociedad una ética del respeto a la propiedad ajena ni a la vida ajena. Con la misma irresponsabilidad con que condenaba el amor y satanizaba a los hijos de las uniones libres, callaba ante los robos de tierras y permitió o toleró que muchos de sus preladados predicaran abiertamente el exterminio de los liberales y de sus hijos en los tiempos negros de la violencia.

La costumbre de condenar con severidad ciertos crímenes, acompañada por la costumbre de absolver con facilidad ciertos otros, creó un relativismo moral que fue fatal en el proceso de formación de nuestra ética pública. Aquí muchas gentes a la hora de reaccionar ante el crimen se permiten siempre preguntarse quién lo comete y con qué propósito: porque si el propósito los beneficia, el crimen les resulta tolerable. Por momentos, para defender la democracia se pensó que podía negarse la democracia, e incluso, para atacar el crimen se pensó que podía recurrirse al crimen.

Más que un problema legal hay allí un problema moral, y por ello son tan dudosas las cruzadas contra el mal en una sociedad que niega las causas de los males, que se obstina en no ver la explicación de los crímenes ajenos, pero que está siempre lista a ignorar o disimular los crímenes si se comenten en nombre de las más altas causas.

Sin dejar de castigar a los delincuentes, es deber de las sociedades civilizadas encontrar las causas de las conductas criminales, y corregirlas si son causas sociales. Porque si no, correremos el riesgo de asumir para siempre que la única solución a los males de la sociedad es la guerra, y nos eternizaremos en ella, y nunca encontraremos el camino de una verdadera reconciliación.

Es posible encontrar en la exclusión, en la violencia, en el robo de tierras, en la falta de una ética ciudadana, en la falta de oportunidades de acceso a la educación,





en los duelos nunca asumidos y en las ofensas nunca remediadas la causa de algunas de las conductas antisociales de nuestra sociedad. La educación misma, que suele ser vista como la solución a los problemas, bien podría formar parte del problema en una sociedad donde las clases medias tiernamente preocupadas por el futuro de sus hijos y por su posibilidad de acceso a buenas oportunidades de ascenso social, hacen lo posible por que estos se codeen lo menos posible con otros sectores sociales: creo que nuestra educación es elitista y excluyente, y que más allá de la formación y la información que pueda brindarnos, nos educa en la intolerancia.

Tampoco es demasiado difícil encontrar en Colombia las causas del florecimiento de un fenómeno tan complejo y tan violento como el narcotráfico. Si es posible encontrar en muchas sociedades altamente civilizadas como la italiana el fenómeno extendido de mafias poderosas y en extremo violentas, no podemos pensar que las mafias sean un problema típico del llamado subdesarrollo. Son expresión de una sociedad individualista cuyo espíritu emprendedor choca con una gran falta de oportunidades, de una sociedad con un alto relativismo moral, donde la ley no está poderosamente escrita en los corazones, de un mundo donde los intereses particulares o de grupo son más fuertes que los de la comunidad, y todo favorecido por un entorno económico propicio al fortalecimiento de fortunas privadas y proyectos marcados por la ambición y la desmesura.

Las sociedades oligárquicas y monopólicas contienen en su seno como un principio de mafias, porque el orden político no está inclinado a velar por el interés de la comunidad, sino por favorecer privilegios, de modo que no es extraño, en un país de castas como el colombiano, que los que no tienen grandes oportunidades de ascenso en el marco del orden existente, opten por la trasgresión y por el delito. En Colombia se dio además una tradición singular y fue la tendencia a producir no para satisfacer las necesidades prioritarias del mercado interno, sino para satisfacer los gustos y las necesidades de ciertos sectores del mercado mundial. La especialización colonial de nuestras naciones en la producción de bienes para la exportación, la formación de repúblicas petroleras, azucareras, cafeteras, ganaderas, configuró lo que suele llamarse las Banana Repúblicas, organizadas para proveer una gran demanda internacional. Con la adicción masiva a las drogas estimulantes que sucedió en Estados Unidos a la aventura del hippismo y a la derrota de Vietnam, el mercado del norte se configuró como un gran consumidor de marihuana y de cocaína, los suelos de estas regiones equinocciales al comienzo fueron más propicios que otros para esos cultivos, la tradición del contrabando





que estaba ya presente en nuestra economía y la predisposición moral de ciertos sectores de las clases medias y altas a cualquier clase de negocios con tal de que fueran rentables se completó el cuadro favorable para el comienzo del fenómeno, y todo lo demás lo hicieron las leyes del mercado.

En todo negocio se presentan inevitables conflictos económicos, pero este negocio descomunal, por su propia lógica, no puede dirimir esos conflictos en los tribunales, y ello conduce fatalmente no solo a la justicia por mano propia y al frenesí de las *vendettas*, sino a una violencia que termina estimulando conflictos sociales de distinta intensidad. Muy pronto los intereses de los mafiosos entraron en conflicto con los intereses de las guerrillas, las bandas de delincuentes organizados se convirtieron en agentes de la violencia de estos nuevos poderes, y la capacidad corruptora del dinero de las mafias reorganizó a su alrededor la tradición de violencia de la comunidad. Pero las matanzas rudimentarias de los años cincuenta se convirtieron en una verdadera industria cuando entró en escena el capital criminal de las mafias, y una sociedad acostumbrada a asaltos de aldea se vio sacudida por la violencia espasmódica de la posmodernidad.

Colombia, un país que, después del auge del oro del siglo XVI, que le fue arrebatado del todo, nunca había vivido una verdadera bonanza económica, como la bonanza azucarera que vivió Cuba a comienzos del siglo XIX, o como la bonanza ganadera que vivió Argentina a comienzos del siglo XX, o como la bonanza petrolera que vivió Venezuela desde mediados de siglo, padeció la tragedia de que su primera bonanza procediera de la riqueza criminal de las mafias y se expresara, ante todo, como el resentimiento de unos capos en guerra con la sociedad entera, con el Estado por sus persecuciones, con los jueces por sus providencias, con los medios de comunicación por sus investigaciones y denuncias, con la guerrilla por sus secuestros, y con el conjunto de la sociedad a la que había que conmovier y aterrar para que testimoniara el inmenso poder de aquellos rústicos ambiciosos y brutales.

Las siguientes oleadas de traficantes volvieron su actividad en otra dirección. Contra las guerrillas ya menos para perseguirlas por sus secuestros que para combatir las como competencia en el negocio de los cultivos ilícitos, y contra los campesinos que eran todavía dueños de tierras, para producir la asombrosa reforma agraria latifundista que ha puesto en manos de propietarios particulares hasta un millón de hectáreas, y que ha dejado más de la mitad de la tierra cultivable en manos de menos del uno por ciento de la población.





Las violencias que acabamos de vivir han sido aún menos procesadas por la sociedad que las anteriores. Hoy volvemos a oír como si fuera una novedad la más antigua de las estrategias de los gobiernos colombianos, la idea de que la paz se alcanza mediante una nueva cruzada de exterminio de los monstruos, de persecución y aniquilamiento de los enemigos públicos, y a mí no me caben dudas de que es necesario combatir a la delincuencia. Pero hace rato ya que me digo que esos combates solo serán paliativos y recursos momentáneos de la sociedad frente a una tradición de violencia que requiere soluciones más profundas.

La gran pregunta que tenemos que hacernos es si la violencia colombiana es un problema militar, o si es algo que depende mucho más hondamente del tipo de sociedad que hemos construido, del modo en que nos relacionamos con nuestros conciudadanos, del modo en que compartimos nuestra memoria colectiva, del modo en que elaboramos la lectura de nuestro mundo, de las leyendas que nos unen, de las costumbres que nos permiten reconocernos y de los proyectos de sociedad que configuran nuestros sueños comunes. Colombia no se equivoca en apoyar a quienes momentáneamente le ofrecen el sosiego de una tregua en las ráfagas de la violencia fratricida, pero se equivocaría mucho si llegara a pensar que esas soluciones meramente guerreras, meramente militares van a asegurarle una paz duradera.

Cuando se advierte la complejidad de los problemas y la fugacidad de las soluciones, resulta ingenuo pensar que el asunto de la paz en Colombia sea un problema exclusivamente militar. Yo al menos he llegado a la convicción de que si no se emprenden grandes tareas culturales, económicas, sociales y políticas difícilmente conquistaremos una sociedad en la que verdaderamente pueda vivirse en seguridad, con confianza y con verdadera calidad de vida. Una reforma agraria es una tarea impostergable de nuestra sociedad: pero una reforma agraria ya difícilmente puede significar repartir la tierra en pequeños lotes a una población de campesinos. Más que un problema de propiedad de pequeños predios, el problema real es el de una nueva productividad, que dignifique a quienes la practican, que genere lo que el mercado interno necesita, que ponga las necesidades de la comunidad como una prioridad de la economía, y que establezca un nuevo diálogo entre la economía, la ciencia y los conocimientos ancestrales. La tecnología es en nuestra tierra algo definitivamente asociado al clima, a los suelos, a la biodiversidad, a la creatividad a partir del reconocimiento del territorio. Una reforma educativa exige admitir que necesitamos una educación que forme seres humanos y ciudadanos y no meros operarios despojados de la inteligencia





de los procesos. Y que es necesario generar un nuevo conocimiento, en diálogo con el territorio, en diálogo con el mundo, y reformulando las posibilidades de intercambio internacional a partir de nuestras ventajas específicas.

Pero la tarea fundamental es dar a cada ciudadano una idea distinta de su propia dignidad, del papel que puede jugar en una sociedad reconciliada, que ya no ponga el énfasis en los ídolos de la venganza y del resentimiento, sino en las oportunidades que abre un tiempo nuevo. Y para ello son absolutamente necesarios la interrogación del pasado y el esfuerzo por construir un relato de nuestra memoria que nos ayude a reconocernos unos a otros, que nos demuestre nuestra procedencia común y nos inscriba en los órdenes de la leyenda y del mito. Solo el relato nos revelará los amores míticos de los que procedemos, las propuestas heroicas que nos engendraron, los sueños que todavía vuelan sobre esas viejas tumbas.

La paz no es el estado natural de las sociedades. La existencia de conflictos entre personas, entre grupos y entre distintas concepciones de la vida forma parte de nuestra naturaleza, y la aparición de normas, leyes e instituciones hace visible el esfuerzo varias veces milenario por inscribir esas tensiones y esos conflictos en un orden que permita la convivencia.

La paz entre nosotros no nacerá de las cíclicas cruzadas contra los monstruos, sino de ese alto en el camino que permita que la sociedad descubra cómo dejar de ser una fábrica de monstruos que a cada generación vuelven a alzarse contra el orden social, y se convierten en una pesadilla para todos, porque son el testimonio de las profundas carencias, de las grandes injusticias y de los males que no han sido resueltos.

La paz es una sociedad reconciliada consigo misma. La paz serán todos esos ejercicios de diálogo, de creatividad y de transformación que permitan que la sociedad se haga dueña de una memoria común, que engendre un sentido nuevo y profundo de la inclusión social, y que formule y emprenda esos mínimos proyectos compartidos a través de los cuales todos los miembros de la comunidad aprendamos finalmente a vernos como conciudadanos.

